

EL RITO CONVERTIDO EN DANZA. LOS COSSIERS DE MALLORCA

FRANCESC VALLCANERAS JAUME

Existe en la isla de Mallorca larga tradición histórica y participativa de baile. En mi opinión deben establecerse dos grandes diferencias en este hecho: La danza ritual, primitiva y antiquísima, y el baile festivo o lúdico de más amplia participación. En ambos casos en nuestra isla gozan ambas formas festivas de una popularidad y vitalidad extraordinaria. Hoy por hoy conforman la parte más dinámica y presente de nuestra cultura popular. Veámoslas aquí de forma separada y analítica.

El mismo impulso que en un ya lejano día perdido en la prehistoria empujó al hombre a la necesidad de un dios o dioses a quien venerar, también lo llevó a buscar hasta encontrar la forma con la cual poder dirigirse a Él.

Un ser superior no podía ser tratado con banalidades, ni mucho menos de tú a tú. Los hombres crearon un lenguaje, todavía no hablado, que ayudase a pedir, agradecer o contentar a los dioses recién creados. Se había inventado el rito. El ser humano disponía de la mejor forma de tener su espíritu tranquilo y bien dispuesto, y al mismo tiempo esto le daba confianza y seguridad en una primitiva forma de fe que complementaba con el desarrollo de un ritual.

Una fe primitiva que le hacía creer, entre otras cosas, que el ruido alejaba los malos espíritus, que los saltos violentos favorecían la siembra de la tierra, o que el bailar rítmicamente propiciaba la buena cosecha.

El gran descubrimiento! La danza. Siempre la danza. Siempre el bailar. Y los ritos están pensados para ser participativos. Desde el Neolítico el hombre baila en grupo para así marcar más la complicidad del ritual. Del Neolítico a hoy el hombre baila en círculo para acercarse más al espacio y al infinito, al principio y fin de las cosas. Y poco a poco se determinaron vestuarios, instrumentos, número de danzantes, músicas y coreografías, con una presencia siempre ineludible: la mujer y el matriarcado, la fertilidad, en definitiva, madre de todas las cosas que el hombre conocía y conoce.

En todo lugar donde el hombre primitivo se halló asentado desplegó su imaginación ritual. Europa entera empezó la larga marcha de la evolución de la cultura popular que llegaría hasta nuestros días. La cuenca del Mediterráneo al generar culturas y civilizaciones vio nacer a la par mil formas de ritos y tradiciones. Egipto, Fenicia, Grecia, Roma, y en el frío norte Celtas o Eslavos, todos crearon danzas de celebración en honor de uno o varios dioses. Danzas y, claro está, toda la parafernalia que las rodeaba: Diosas Blancas, Ramas Doradas, todo iba adaptándose a cada momento de la historia, a cada divinidad que en alguna época determinada ejerciera su influencia sobre un pedazo de tierra y de la humanidad.

Y a todo esto, Mallorca, en medio del mar, expuesta a cualquier influencia cultural foránea, vio llegar de Oriente este bagaje y aprendió a



Cossiers de Pollença.

realizar sus ritos y celebraciones en lugares que consideró mágicos como los bosques, fuentes, peñascos, profundas cuevas o los santuarios megalíticos.

Y así durante siglos. Cualquiera que fuese la civilización de turno los mallorquines danzaron en ancestral rito. Las danzas en círculo o formando hilera ejecutados por hombres en número fijo capitaneados por otro, llevando en las manos elementos vegetales, pervivieron, se perfilaron, modificaron o adaptaron subsistiendo en Mallorca hasta nuestros días. Hoy los conocemos como el «BALL DELS COSSIERS».

Y las preguntas se hacen inevitables. Cada vez que danzan los Cossiers siempre hay alguien que pregunta: ¿Qué son «els Cossiers»? ¿Qué significan estas danzas? ¿De donde viene todo esto?...

Y la realidad es que tan solo en una cosa han estado siempre de acuerdo todos los autores y folkloristas que en alguna ocasión han tratado el tema: en la oscuridad de su origen, ya que ni tan solo se pusieron de acuerdo en la propia etimología de la palabra «cossier» que los define.

Pues así las cosas conviene fijar desde el principio que el nombre en cuestión nada absolutamente tiene que ver con Escocia, a pesar de su similitud fonética, y tampoco, ni de lejos, con la palabra «còssi» (recipiente grande de barro o arcilla generalmente adosado a la pared donde se efectuaba la colada doméstica) como se ha interpretado erróneamente y sin base alguna durante siglos.

Una palabra que ha sido utilizada, y mucho, por el pueblo poco o nada ilustrado durante generaciones tiene que sufrir forzosamente la erosión que siempre ocasiona la tradición puramente oral, y así encontramos en documentos, notas de archivo, recibos, etc. definiciones de estas danzas como de «Cossiers», «Còssis», «Còssils»....

En realidad se trata de un adjetivo que debía significar CORREDOR, derivado del sustantivo «COSSÍA»

que en lengua catalana significa inicialmente «CARRERA» o «ITINERARIO». Así de claro.

En el «Diccionari Etimològic i Complementari de la Llengua Catalana» del cual es autor el eminente filólogo Joan Coromines figura de forma bien explícita:

— «COSSIER: Salta a la vista que ni el nombre de este baile ni el de sus danzantes no pueden tener nada que ver etimológicamente hablando con el utensilio de lavar la ropa (cossi) y ya no hay que decir que la historia que cuentan en Menorca de un baile escocés es un caso típico de leyenda etimológica sin ningún valor».

Y prosigue:

«... se trata de una adaptación catalana de una palabra mozárabe: «KOSASAİR» (corredor que corre ceremonialmente) derivada de la latina «CURSUS»».

Más adelante añade:

«En algunos sitios de Catalunya se alude todavía a una enfermedad cuando sigue su «cossía», es decir, su curso, o al hecho de ir de «cossía» en el sentido de buscar una cosa con interés e insistencia. Es remarcable, por otra parte, el carácter itinerante de los «cossiers» al encabezar la procesión del Hábeas o del santo patrono de la localidad.

Tampoco hay que olvidar que hasta principios de este siglo (XX) los «cossiers eran verdaderos corredores cuando participaban en las carreras del «COS». Hasta aquí Joan Coromines.

Por si fuera poco la lengua castellana también contiene en su vocabulario las palabras COSO, COSSARIO o CORSARIO, todas referidas a correr, seguir un curso o deambular, tanto por tierra como por mar. La danza de los «Cossiers» ha sido, de siempre, una danza itinerante, que sigue un curso, un coso, una... «cossía».

Otro detalle que liga a los «cossiers» al hecho de correr, de competir en carrera, es la presencia en su vestuario de las cintas que llevan colgadas de la faja que los constriñe, falda abajo (Montuiri, Algaida, Alaró). Esto, que puede parecer un simple elemento más de su indumentaria y de poca importancia tiene más de lo que parece, ya que es sabido que precisamente unas cintas como aquellas sirven de premio a los vencedores en una carrera, los cuales, en un tiempo, se las colgaban bien satisfechos de la cintura. Las había bordadas delicadamente por las chicas del pueblo, y, naturalmente, los jóvenes corredores pretendían siempre ganar la que hubiera borda-



Cossiers de Montuiri.



Cossiers d'Alaró 2000.

do su enamorada. De aquí viene la costumbre, y de aquí mismo la explicación de las cintas que cuelgan de la cintura de los «cossiers». También era ancestral costumbre que los «cossiers» tuviesen derecho a correr un premio en exclusiva en el «COS» (lugar adaptado para la celebración de las carreras, en castellano «COSO») de su pueblo en el día de la fiesta mayor.

Creo que todas estas observaciones ayudarán a hacer valer la teoría antes expuesta sobre la discusión lingüística del origen de la palabra «Cossier» y así ayudar a acabar de forma definitiva con la absurda ocurrencia de ligarla a la nación escocesa.

El otro gran obstáculo consistía en explicar el porqué de la danza, el porqué de los «cossiers». Se ha dicho demasiadas veces que su procedencia es de origen remoto, oscuro, ignorado, que es una danza antiquísima perdida en la niebla del tiempo. Esta consideración no puede considerarse hoy en día válida ni científica. Es necesario, por tanto, asumir el peligro que el hecho comporta y atreverse a entrar decididamente a eliminar aquella incertidumbre. El objetivo será el de deshacer el misterio con la luz que da la moderna etnografía, el estudio serio de la antropología y una clara visión

de la investigación de las formas de culto a las divinidades practicadas en las épocas más remotas de la historia del hombre.

El más conocido de los etnógrafos catalanes, Joan Amades, es quien nos señala:

... «En las religiones de los pueblos de cultura clásica, encontramos diversas ceremonias de carácter cultural que recuerdan ritos agrarios muy antiguos, dedicados a divinidades agrícolas».

Y continua:

...» La agricultura fue introducida en Europa en el periodo neolítico, edad de piedra en que la sociedad era matriarcal. El cultivo de la tierra fue tarea femenina y no pasó al campo de los hombres hasta tiempos muy posteriores. La hegemonía de las mujeres constituye una supervivencia del periodo propio de los ritos y de las ceremonias que fueron el origen de algunas costumbres actuales. (...) «Parece que las divinidades agrarias más primitivas eran femeninas. Como hemos dicho antes, desde hace mucho tiempo se asocia la idea de la fecundidad con la mujer, más hermanada con la madre tierra que el hombre. Las divinidades favorecedoras de los cultivos tenían que ser necesariamente femeninas».

Todavía es más explícito cuando afirma:

«La persistencia de elementos femeninos en el vestido de diversos bailarines de danzas populares como pueden ser faldas, medias, bandas sobre el pecho, cintas lazos, estrechos corpiños y algunas otras, como también la tendencia a vestirse en algunos disfraces y sujetos preeminentes del Carnaval pueden recordar cultos a divinidades agrícolas muy arcaicas propias de culturas matriarcales, continuadas por la Roma clásica».

Según esto, y si nos hemos fijado alguna vez en el baile de los «Cossiers», habremos visto rendir culto al matriarcado y habremos reconocido la preponderancia femenina en un ritual predeterminado. Dirigida siempre la danza por la figura de la «Dama» a quien veneran y obedecen los seis danzantes, y sea esta efectivamente una mujer, como en el caso de Manacor, Algaida o Pollença, o bien un hombre convenientemente travestido como en Montuiri y Alaró, es ella la máxima autoridad del grupo. En Manacor lleva en sus manos una rueca, símbolo antiquísimo de algunas divinidades femeninas.

La ornamentación femenina, de la cual habla Amades, es en los «Cossiers» aquello que más les caracteriza en su aspecto externo. Faldillas, sombreros con lazos y flores, medias y gran abundancia de cintas, encajes y otros adornos intentan feminizar las viriles figuras de los danzantes.

Julio Caro Baroja también lo vio así:

«... la cantidad de elementos tomados de la indumentaria femenina que ofrece la vestimenta de los que ejecutan los bailes de palos, cintas, etc. Es un indicio más de que en otros tiempos tales danzas estaban dedicadas a una diosa ctonica del tipo de Cibeles».

Igualmente hay que remarcar aquella purificación y preservación que los «Cossiers» quieren obtener bailando en círculo. El círculo es también muy significativo. Con él

envuelven a la «Dama» y solo ella lo abre o lo deshace; el demonio, octavo elemento del grupo de danzantes, permanece siempre fuera y cuando se atreve a entrar en él es rápidamente vencido por aquella divinidad convertida en mujer.

Tiene el círculo según la etnografía un carácter mágico y conlleva pureza y buen recaudo. Bailar formando una figura redonda es una característica universal de la danza y es practicada por todos los pueblos del mundo sea cual fuere el nivel cultural del que gocen. También es evidente la presencia en los «Cossiers» de un muy marcado culto dendrolátrico, esto es, dirigido a los vegetales (en su caso: flores, albahaca, mirto, o bastones).

Para obtener el favor de las divinidades agrarias el hombre efectuaba una serie de actos y celebraciones que son la semilla de las fiestas que hoy conocemos. Si se piensa en la época más abundante en fiestas de nuestro calendario mediterráneo, se ve claramente que no son más que manifestaciones externas de alegría al mismo tiempo que de agradecimiento por las cosechas de los frutos del campo tan vitales para el humano que habita en tierra pobre.

La danza por tanto casi siempre tiene su origen en el culto, en el rito y es un residuo de antiguas liturgias destinadas a genios o dioses agrarios. Todos conocemos danzas de determinados sitios o lugares que solo se ejecutan en un día muy concreto, como quien hace una ceremonia o un especial homenaje a alguien o a alguna cosa bien definida. Nuestros «Cossiers» son una magnífica prueba de ellos. También se ha dicho que las carreras o todo lo que sean movimientos rápidos y bruscos evocan prácticas de magia para conseguir el crecimiento y fructificación de los vegetales necesarios al hombre y que este creía lograr por la imitación que las plantas y cosechas harían de aquellos movimientos y saltos propiciatorios efectuados en circunstancia de ritual sagrado y antiquísimo.

Aquel ritualismo llegó más lejos, y así en la antigüedad los músicos que conducían la danza eran considerados investidos de una especie de condición sacerdotal porque dirigían tal danza o ceremonia, hoy entre nosotros todavía gozan de un favor popular que les otorga un papel preponderante en el desarrollo de la fiesta y les son reconocidos una serie de privilegios por parte de organizadores y público.

Siempre ha sido más fácil encontrar danzantes que músicos, y cuando alguno de ellos sobresale, pronto tiene la admiración del pueblo que lo contempla como un elemento indispensable de la fiesta. De la danza de «Cossiers» en Mallorca, por descontado, lo son.

Con el paso de los años las grandes civilizaciones ocuparon su lugar en la historia de la humanidad. Llegaron religiones nuevas con dioses poderosos y, por consiguiente, liturgias apropiadas a cada fe.

A pesar de ello no prescindieron de ciertas formas antiquísimas de culto heredadas del pasado y que creyeron adaptables a su determinado ceremonial religioso. Fue así como fenicios, etruscos, micénicos o griegos también bailaron de forma ritual. La Biblia habla en abundancia de bailes religiosos que efectuaba el pueblo judío. Roma también tuvo los suyos y hasta llegó a aplicar bailes determinados a alguno de sus numerosos dioses. Plinio, el polígrafo clásico explicaba en su historia, por otra parte, una ingenua leyenda sobre el origen del baile con caballitos. Así pues, el baile caminaba hermanado con la religión y con sus demostraciones externas de culto; pero todo venía de más lejos, de muchísimo más lejos. Venía de aquellos bailes primitivos ejecutados siglos atrás y sin interrupción desde que el hombre había entrado a formar parte de la historia. Desde que hacía la historia.

En definitiva y una vez tamizadas las ideas expuestas en estas líneas, y confrontadas y aplicadas al hecho cultural popular y tradicional de nuestros «Cossiers», mi opinión

está bien formada. Creo que su danza es una reminiscencia arcaica de unas ceremonias mas o menos complejas de adoración y culto a las divinidades agrarias. Danza de fecundación de la tierra para propiciar las buenas cosechas y de agradecimiento por haberse producido.

Este baile con toda la erosión y las transformaciones que conlleva su multisecular existencia, ha llegado hasta nosotros como un verdadero fósil que ha soportado con toda dignidad los avatares del tiempo, la historia y el rodar del mundo.

Por otra parte la presencia de este tipo de danzas es omnipresente en toda Europa. Francia, Italia, Portugal, los Balcanes o los países eslavos cuentan con perfectas muestras de ellas. El Reino Unido muestra su antiquísima «Morrish Dance», pero sin duda alguna es en las danzas de este tipo conservadas en la península donde hallamos la similitud más grande. Así en paloteados, bailes de cintas, de arcos, de danzantes y pecados, y en las danzas del norte, malinterpretadas como «danzas guerreras» y que en absoluto lo son, tienen los «Cossiers» de Mallorca a sus parientes cercanos. Claro está que por cuestión de historia, de etnia y de igual cultura popular y tradicional es en Catalunya y en el País Valencià donde hay que buscar procedencia y similitudes. Bailes del Corpus, «balls de bastons» «de faixes» «de cercols» «la Moma», etc. son de ello evidencia absoluta.

A raíz de la conquista catalana en 1229 y posterior repoblamiento de gente de aquellas tierras, se establecieron de nuevo estas danzas en la isla; el periodo musulmán habría supuesto, a mi entender, siglos de interrupción.

Y así hallamos documentación sobre danzas efectuadas por clérigos en el interior de templos mallorquines en fechas tan tempranas como 1392 y 1397. Aunque en tierras catalanas ya se citaban los bailes de «SCOCI» de Tarragona en 1403, y en Manresa en 1446 ya bailaban los «ESCOSIS», hay que esperar hasta 1544 para encontrar



"Die Baiaeren...". Cossiers d'Alaró - segle XIX.

la clara y valiosísima reseña de los «cossiers» de Sóller, que es la primera que se nos presenta hablando ya de esta danza en Mallorca. Ya habla de unos «cossiers» que podemos calificar de modernos:

«... costum que es fa de la festa del Corpus que's solen vestir molts personatges... y més los COSIES y las trompas que honran molt la festa...».

La cita, que transcribo en su original catalán antiguo, la rescató Rullan y Mir en su «Historia de Soller». También gracias a el sabemos que el ayuntamiento o universidad de aquella ciudad pagó en el año 1596:

«.. a Bartomeu Villar, pintor per las mascarar dels COSSIES, diables i angels: 15 lliures...».

En aquella época los «cossiers» durante las danzas llevaban la cara tapada con una máscara, era norma general que así fuera y así se sigue practicando todavía en muchas danzas de este tipo en la península y en el resto de Europa.

Eran los tiempos del magnífico y esplendoroso barroco. Pero no eran tiempos tranquilos. La iglesia católica, en aquel entonces potencia religiosa única y con un poder político y económico que muy poco tenía de cristiano, veía amenazados sus mismos cimientos por los fuertes vien-

tos de la crítica que le llevarían a la división. La rebelión era ya bien notoria. A Roma se le discutía su preponderancia y era puesto en duda su intransigente dogmatismo. Se había levantado una nueva bandera y los que la enarbolaban la llamaban Reforma. La cristiandad oficial y poderosa respondió lanzando la idea de la Contrarreforma.

La iglesia romana quiso fundamentar las bases de su futuro y marcar el camino estratégico a seguir que se fijó mediante un concilio que se reunió en la ciudad alpina de Trento. Era el 1545 y duraría hasta 1563. La limpieza fue general. Quisieron expurgar a fondo y en un rincón se encontraron con toda una zoología mística y unas prácticas antiquísimas, semiolvidadas, medio permitidas y casi paganas, pero siempre consentidas, y las consideraron dignas de extinción. Fuera baile de «aguiles», fuera «cavallets», muerte a dragones y tarascas u otras manifestaciones similares en procesiones y liturgias. La iglesia de la Contrarreforma cayó en la tentación del oscurantismo. Antes había asumido el papel de defensora y asimiladora de costumbres paganas. Ahora las negaba.

Pero naturalmente la retirada de todos estos entremeses, «cossiers»

incluidos, no era cosa fácil así que la solución fue la adecuada; se les invistió de carácter docente, se les dio una función bien clara: enseñar a los fieles al vivo aquello que no sabían leer en los libros. No olvidemos el gusto popular por las espectaculares representaciones y las alegorías procesionales así que los misterios de la fe tenían que entrar entonces por los ojos.

Cada uno de aquellos seis danzantes se convirtió según las nuevas normas en la representación personal de una virtud. Se trataba de tranquilizar conciencias y dar patente de cosa sacra a aquel baile que a pesar de todo todavía impartía olor a cosa pagana. Y eso no se podía consentir. La idea fue que los «cossiers» junto con la «dama», que a partir de entonces adquiriría el papel de la gracia santificante, mostrarían la hermosura espiritual que el hombre adquiere cuando juntas virtudes y gracia, caminan (o bailan) por el camino de la fe verdadera que es arma invencible para alcanzar la eterna salvación. Casi nada!

Pero, eso sí, todos seguirían siendo varones, «dama» incluida, ya que seguía siendo sencillamente impensable que fuera una verdadera mujer. Todo arreglado. El viejo fósil se adaptaba a los nuevos tiempos, pero cuando llegaron verdaderamente los «cossiers» a su cumbre fue en la fastuosa época del barroco. La danza y la música evolucionaron de forma determinante y ellos se adaptaron a las modas imperantes en cuanto a melodías, coreografías o vestuario. La cosa pervivía y las citas de archivo constatando su presencia en celebraciones y festividades es numerosa y constante.

En el siglo XVIII una idea equivocada de modernidad y culturización del pueblo hizo que estuvieran a punto de desaparecer según el deseo de intransigentes obispos y de las disposiciones «ilustradas» de Carlos III, pero la fuerza de los siglos y la experiencia de adaptación que los «cossiers» adquirieron a través de los tiempos con la ayuda de la enorme aceptación popular aseguraron una vez más su supervivencia.



Cossiers d'Algaida anys 40.

A mediados del XIX el archiduque Luis Salvador de Austria aun los puedo contemplar en varias poblaciones mallorquinas y así lo reseña en su magna obra en doce tomos

«Las Baleares descritas por la palabra y la imagen».

Constancia histórica documentada de la presencia de «cossiers» en Mallorca la tenemos en quince po-

blaciones; el caso más importante pudo ser el de Palma donde existían varios grupos ya que cada parroquia y gremio aportaba uno en todas las festividades a celebrar. Es lógico pensar que la capital fue el sitio desde donde se expandieron los «cossiers» por la isla entera.

Así tras muchos siglos de vida hoy el rito continua vivo, y podemos disfrutar de el siguiendo su ruta según el calendario festivo: En Algaida el 16 de enero y el 24 y 25 de julio; en Montuïri el 15,23 y 24 de agosto; en Pollença el 2 de agosto; en Manacor el último viernes de mayo; en Alaró el último sábado de mayo y el 16 de agosto.

Una visita a cualquiera de estos lugares, vale, como antaño, más que muchos miles de palabras.